

5-CAJERO AUTOMÁTICO

“Emyfa sus productos garantiza” (El dueño de Emyfa)

Sebastián Cortés iba en dirección a esa hora invernal del oscurecido atardecer hacia el brillante cajero automático que vislumbraba al otro lado de la acera. Cuando el semáforo se puso en verde, contrastando con el rojo luminoso del citado cajero, cruzó hacia él, hasta poner pie firme en la otra acera, apartándose justo a tiempo al pasar un individuo con cara de estupor de casco plateado y ciclomotor verde delante suya por la acera en cuesta abajo.

Suspirando profundamente, prosiguió su camino hacia el mencionado cajero y sacó de su cartera la tarjeta de crédito en plastificados colores rojizos y anaranjados. La metió en la obertura y esta se metió automáticamente dentro. Luego, marcó cuatro números y el susodicho cajero empezó a emitir unos ruidos mecánicos, tras lo cual del cajetín bajo la ranura salió un grillete plateado que le aprisionó la muñeca derecha en un metálico “iclack!” tras el cual salió un papelito, o recibo, que Sebastián, Sebas para los amigos, cogió estupefacto y en el que leyó:

“Usted debe 17’34 euros a este banco. Puede escoger dos opciones: 1/ Esperar aprisionado por el grillete durante doce horas hasta que vuelva a abrir el banco por la mañana y, en caso de tenerlos, pagar la deuda; 2/ Llamar a la policía para que vengán a quitarle el grillete e ir a comisaría

detenido por estafa. En el primer caso de al número 1, en el segundo de al 2. Gracias.”

Nervioso como un nazareno en mini-falda, Sebas, Sebastián para los desconocidos, miró el tablero con los numeritos y marcó al 4 por equivocación, justo debajo del 1. Volvió a salir otro papelito, en el que ponía:

“Se ha equivocado de botón, no ha apretado ni al 1 ni al 2 sino al 4, por lo tanto entra en funcionamiento la tercera opción ¡Sorpresa!”

Y tras ello, una brutal descarga eléctrica por medio del brazalete adosado a la muñeca de Sebastián comenzó a hacerle temblar como un muñeco en pleno baile de San Vito, con un fuerte zumbido impregnándolo todo, y los dientes rechinándole con sus ojos fuera de órbita, hasta que con gran esfuerzo e intentando fijarse bien, marcó al 2 (había cambiado de idea respecto al 1, no quería pasar la noche a la intemperie invernal adosado a aquel cajero). La descarga eléctrica paró, el zumbido también y Sebastián, oliendo a quemado (le salía humo negro del pelo), con las rodillas casi tocando el suelo y la lengua amoratada fuera, oyó una sirena de policía a sus espaldas.

Se bajaron del coche policial dos policías: El primero, como un armario de más de dos metros (2'01 para ser exactos) y el otro más bajito y rechoncho, con cierto parecido a Paco Camino, por cierto. Se acercaron al endeble Sebastián, y el policía más alto sacó la porra y gritó:

-¡Levanta!.-y le pegó un porrazo en toda la espalda, auxiliando Sebastián al encapotado cielo,

El otro policía se volvió hacia el grandote y con las manos extendidas dijo: